

POETA HISPANO - AMERICANO

● Cuando hace unos tres meses, desde estas mismas páginas, sugeríamos que no debía pasarse en silencio los sesenta años de Rafael Alberti, no preveíamos que iba a ser tan cordial, espontánea y amplia la adhesión que aquí y en el exterior había de brindarse a este homenaje. No sólo en la respuesta entusiasta de los grandes poetas de su generación, —Vicente Aleixandre, Jorge Guillén—, sino también en la acogida admirativa de la nueva generación española, desde Gabriel Celaya y Camilo José Cela hasta Carlos Barral y José María Castellet, demostrando así que a pesar del silencio oficial, a pesar de las dificultades para el ingreso de su obra en la península, ella ha seguido actuando sobre sus lectores españoles, en una continuidad de problemas y de invenciones artísticas que la ineptia de una dictadura no ha podido interrumpir.

mar universal de su poesía. Porque el poeta que se ha querido, al deslumbramiento gozoso ante la belleza, a la sensualidad alerta, al café bueno, a esa alegre y dura luz que habla en su poema a Ai T'ing. Esa es su enseñanza, si se quiere sorpresiva en esta revuelta, tenebrosa época que vivimos, desgarrado tiempo a través del cual Rafael pasa con traje de luces como un torero español.

exactitud de su adjetivo en A la pintura, por la ternura de sus Recuerdos de lo vivo lejano, por su diestro repertorio de canciones.

Hace algunos años las élites de ambas márgenes del océano —Madrid y Buenos Aires, más exactamente— se agotaban en la discusión de las precedencias. Hoy el problema es viejo, superado: los creemos en sus autoridades dirigentes, existe una cultura americana, más libre, más rica y abierta para las orientaciones nuevas que la de la actual España, pero sabemos que también ésta es parte importante de una nueva comunidad, la hispanoamericana, donde concurren libremente distintas corrientes a realizar la magnificencia de una admirable lengua, ilustrada por el arte. El exilio largo ha puesto a Rafael Alberti en el centro de esta nueva comunidad a la cual ha aportado el soplo vivo de la lírica y la poesía, junto a los otros grandes poetas americanos, y ya hemos comprobado cómo algunos de éstos —especialmente César Vallejo y Pablo Neruda— han incidido sobre las letras españolas. Salteándose del mar egiptaco de fronteras, es una gran cultura sostenida por la lengua común, por la gran tradición, la que se edifica y se desarrolla, y a esta tarea Rafael Alberti ha prestado una vigorosa ayuda. Es seguimos que los escritores de América le rindan homenaje, por algo más que por el solo hecho, tan válido en sí, de ser un gran poeta.

A RAFAEL ALBERTI

por Vicente Aleixandre

FUE primero aquel niño,
o rubio como las olas cuando el sol las empuja,
o como las arenas
allá en el Puerto entre el rumor visible

¿Te acuerdas? ¡Has siempre,
como el pintor que fuiste, con la retina en el color viviente,
o mago entre las luces, noíto, que pisa el resplandor sin miedos.

Te vi más tarde, joven.
Mojabas el pincel,
pintor erecto que los verdes unta
en su propio verdor y traza a solas
una rosa naciente: el mundo. Y mira

Y reconoce. Todavía tentando fue fortuna
o fue voz la garganta desnuda, el grito, el capto.
Un eco de la mar en tierra. Grimpolas,
gallardetes. La juventud ardiente entre las olas.

Fueron visiones, plumas de ángel, vagos
nuncios. Mas no fue sueño. Te miré arrojándote
esa voz común que late a veces
en el pecho de un hombre. Voz reunida,
más que martillo en yunque, bronce en vuelo,
ondas para los pechos semejantes.
Y al confín, la palabra.

Después la luz o sangre, el viento, el trueno,
los muertos. Rafael, tú los miraste,
voz de los muertos, vida o tierra espúrea,
y al fondo el mar. Bogar, también fue muerte.

Y ahora, amigo contigo, te oigo cerca.
La mar nos une. Una sangre común late en la orilla.
Te en estos días en que de todas partes
llegan hazas tu pecho pechos, voces,
brazos: verdad continua para levantarte
como sobre tu vida, y proclamarte,
esté también mi voz entre ese coro
de tanta tierra, y tierra sea contigo.
Verdad bajo la luz en que te yerguen.

las ejecuciones/ entraron en mi alcorbe/ y fue en ese momento cuando bajé a la calle/ y entre las barricadas y las balas/ y la sangre caída/ de los obreros y los estudiantes/ hallé la poesía que me dió el camino/ de la alegre y la dura luz que hoy/ todavía me sigue iluminando/. Podemos discrepar con la orientación política del autor, pero, aparte de la constante dignidad poética con que ha encajado su poesía de circunstancia, él ha encontrado en la elección humanista que lo ha movido, una fe con la que podía atrapar la angustia, una comunidad solidaria cuando podía verse tocado por todo, una alegría esperanzada que parece ser el sustento indispensable para el arte de Rafael Alberti. Siempre ha as-

Ello además el Alberti americano, porque esa fe contagiosa no es la del niño sino la del hombre adulto. Es decir, no nace de la inocencia, de la ignorancia del mundo y sus acuchinados monarquías, sino de una experiencia dolorosa, íntegramente cumplida, en la cual el hombre —el artista— ha callado con valor, ha recorrido sus galerías y ha sido capaz de salir fortalecido para decir su palabra exacta, bien medida. No todos pueden hacer esta recorrida y a nadie puede reprochárselo, pero hoy, en visperas de la inauguración a Rafael Alberti, releevando al desgarrar sus libros, me he sentido tocado por esa segura grandeza que está sosteniendo su lirismo más júbilo, por el desborde impecable de sus Sonetos Corporales, por la

El coronamiento de los poetas, tan del gusto del XVIII, tiene para nosotros un matiz precioso y algo ridículo: demasiados versos esas ceremonias acumularon laureles sobre los diversos Metastasio de las cortes europeas, no bien tragados por la tierra también devorados por el olvido, como para que no desconocieramos de este tipo de apoteosis. Por lo mismo este homenaje, que utiliza la tradición del júbilo para expresarse en una determinada fecha, no aspira a ninguna consagración, sino a un reconocimiento por parte de colegas y admiradores. Y aspira, también, en una época en que los lectores son esquivos para la poesía, a poner delante de sus ojos textos ejemplares de uno de los grandes poetas vivos de la lengua; o permitir que se transformen en auditores y sigan al propio Alberti decirlos, maravillados.

La función del poeta en nuestra sociedad es mucho mayor de lo que se suele interpretar. El mejor que sueña, interpreta un mundo, descubre la sensibilidad y la belleza de su tiempo, y, en el sentido más tradicional, immortaliza nuestras breves vidas, a la vez que les da coherencia, sentido, verdad. Acostumarse a la una de ese espacio centelleante es una grande, única experiencia.

Angel Rama.



Este aspecto es el que en este momento podría emocionarnos y reconfortar a un poeta que desde hace veintitrés años, —más de la tercera parte de su vida, está en el exilio, cortado de las fuentes vivas en donde se generó su lírica primera, ahorrando siempre de su tierra, de los seres queridos, particularmente de su jugosa lengua andaluza. Un poeta que muchas veces debió sentirse desarraigado, casi hablando en el vacío, con el sólo atento a esa "piel de toro" que alguna vez sintió en su muerte, sin eco ni respuesta a su voz, y desde la cual ahora siente, no una, sino muchas, entusiastas voces juveniles que se levantan para decirle que lo han oído, que aun de mar a mar, que aun con la guerra en medio y el exilio, el camino que siguen es semejante, porque es semejante el hombre y la circunstancia que están enfrentados.

«Canto esta noche de estrallos/ que estoy solo, desahogado./ Pero en la tierra no hay nadie/ que esté solo está cantando». Estas palabras Alberti tienen hoy cumplimiento, y es una de las consecuencias más felices del homenaje, porque prueba que la distorsión de la realidad que opera una política persecutoria no es capaz de destruir la vena fluyente de la creación artística. La nueva España que se abre camino tenebrosamente, entre Hielos, recobra como suyo a este poeta perdicado: los nuevos escritores, ya en la prisión como Marcos Anna, ya en el revuelto Madrid o en la dura Barcelona, pueden decir el "padre y maestro mágico" que acuñara Rubén.

Pero el exilio no ha sido todo de amarga amargura, porque en él —Rubén otra vez— "medificó toda virtud el arte". Llegará el día en que podrá hablar del Rafael español y del Rafael americano, y cuando esto se produzca yo me afiliaré a lo último, no sé si por ser mejor, por responder a la madurez plena de un artista dotado, o porque yo leíste en el Rafael progresivo de las dos últimas décadas, un acento, una preocupación, una invención, que resultan vagamente familiares, como que ver con mi mundo que el americano y europeo a la vez, enervado claro está, con palabras y ritmos que alguien actuó dos siglos en la península y con muros ceros que están en mí desde el comienzo y los considero de mi exclusiva propiedad.

No se nacionalizó americano Rafael Alberti, cuando escribió las "Canciones de Paraná" pero en ese momento percibimos, por el desgarrón cívico que transparentan, un entrañamiento definitivo en estas tierras: urencia de los "Paraná" comienza en su día/ que vuelva a pasar la r/ que se llamará período americano y muy diversos ósmamos que a luego el "período del regreso" — también aquel que podríamos llama-